

843

6

P22235

. D6

A45



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
BIB. ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
FC

I

Pablo Brécart tiene el honor de
participar a D. su matrimonio con
la Srta. Clara Laugé
S. Martín, 15 Julio 1872.

Desde hacía largo rato, la hoja de papel satinado en que estaban escritas aquellas líneas no era á los ojos de Camila más que una mancha indescifrable; por fin la joven abrió los dedos, y la carta que entre ellos sujetaba cayó con suavidad sobre su falda... En aquel momento Camila vivía para el pasado: su imaginación se remontaba á algunos años atrás acordándose de las semanas que habían precedido al anuncio de aquella boda. Las lágrimas de todas las noches, la desesperación de todas las horas, la tranquilidad afectada de todos los días, alegres apariencias ocultando un corazón profundamente ulcerado, todo esto era lo que aquel pedazo de papel litografiado recordaba á Camila.

Estaba meditando, con la cabeza baja, cuando se abrió la puerta; la carta había caído al suelo, la joven la recogió tranquila en apariencia, y la puso entre otros papeles que había en un cajón colocado ante ella.

—Camila, ¿qué haces aquí?—le preguntó una señora anciana que acababa de entrar.

—Arreglo mis papeles antiguos, tía—repuso Camila.

—Despacha pronto; tu tío ha vuelto y tiene mucha hambre.

Camila ató con un elegante lazo el paquete de cartas, cerró el cajón, puso la llave en su portamonedas y siguió á su tía al comedor.

Era uno de aquellos pisos que aun se encuentran en algunos barrios de París, en varias calles de los barrios de Batignolles ó de la Isla de San Luis, uno de esos pisos en que el espíritu moderno no ha penetrado por ninguna rendija; todas las aberturas por las que pudiera deslizarse parecen estar tapadas por espesos burletes de prejuicios y de antiguas costumbres; el aire de 1847 aun no había penetrado bajo la forma de cortinas con dibujos argelinos, ó de muebles barnizados imitando caoba... El comedor estaba amueblado, no diré adornado, con muebles estilo imperio, tapizados de tisú y rellenos de crin; por debajo de la mesa se extendía una estera de junco blanco, cubriendo el suelo; cortinas de damasco de lana, color verde oscuro, adornaban el hueco de la ventana, y celosías pintadas de verde, cuyas tablillas chocaban mutuamente con raro sonido, cada vez que se las tocaba, impedían la entrada de los rayos del sol; delante de las sillas, había redecillas de paja para proteger los pies de la frescura del suelo, enlosado con ladrillos blancos y negros, á la vez que protegían el pavimento del natural desgaste por el calzado... En fin, todo estaba lo mismo que en el año 1848 cuando

el valiente Frogé entró diciendo que los salvajes de Noukahiva habían invadido á París para saquearlo.

El servicio de porcelana blanca, el de plata desgastado por el uso, la mantelería fina con listas azules, databan de 1840, lo mismo que la cocinera, que había perdido el gusto, pero á quien sus amos continuaban proclamando una notabilidad, á pesar de sus descuidos cada vez más frecuentes. En aquella casa todo había ido envejeciendo poco á poco, los objetos, al mismo tiempo que sus poseedores; pero nada era ridículo, pues hasta la atmósfera estaba saturada de un ambiente de seriedad que daba armonía á aquella vivienda.

El señor Frogé, sentado ante la sopera, con el cucharón en la mano, y la servilleta atada al cuello, hacía platos con la misma majestad que un sacerdote de Isis los sacrificios.

—Vamos, hija mía—dijo,—nos hemos retrasado y la sopa estará fría.

Camila se sentó al lado de su tío, dirigiéndole una sonrisa al recibir su plato, y empezó á comer. La señora Frogé se sentó en frente de ella y un beatífico silencio reinó en el comedor.

En aquel comedor, la señora se sentía alegre, á despecho del tétrico aspecto del mobiliario, los cabellos blancos y las cintas amarillas con que se adornaba, parecían prestar jovialidad al semblante de la señora Frogé.

¿Habría sido joven la señora Frogé? Podía creerse que no. Sobre aquel semblante fresco y terso, sobre aquellas mejillas de un sonrosado suave como las rosas de Bengala, en aquellos ojos azules y claros, no se veía otra expresión, que la de una calma profunda, la de

una alegría interna; no era solamente la tranquilidad, era la paz reinando sobre aquella frente lisa. Siendo joven había podido ser fea, pero con seguridad nunca fué más hermosa de lo que entonces lo era, con sus tirabuzones de un blanco plata, escapándose bajo los rizos de blonda de su cofia con cintas de satén amarillo.

La buena señora agitó una campanilla de cobre semejante á la que emplean los niños de coro en las iglesias, y se presentó la cocinera: un buen olor de lenguado al gratén vino con ella; el señor Frogé guiñó el ojo derecho á su alegre compañera.

—¿Hay alguna sorpresa?— dijo con jovialidad.—Hoy no es viernes; sin embargo, me parece adivinar...

—Que comemos de pescado; es verdad, amigo mío. He hecho una locura, la vendedora me ha asegurado que esto te alegraría...

—¡Tenía razón esa buena mujer! Veamos este lenguado...

Hundió con delicadeza el viejo trinchante de pescado en la sabrosa carne, con excesiva precaución separó los filetes, y cuando su mujer y su sobrina hubieron recibido su parte, se sirvió con satisfacción la suya, más una cucharada de setas.

—¡Demonio!— dijo con consternación después del primer bocado— ¡no están cocidas!

La anciana señora levantó las manos al cielo.

—¡Oh, Dios mío, no las habrá probado la cocinera; qué desgracia!

Los dos esposos se miraron consternados. Camila movió ligeramente los hombros y mordió su última

seta, casi cruda, como para demostrar su completa indiferencia sobre la comida.

—¿Pero te has comido eso?— dijo su tío con entonación de reproche.

—¿Y por qué no? ¿qué más da? Crudas ó cocidas siempre son indigestas.

—Camila no siente los dulzuras de la mesa— dijo con tranquilidad la señora Frogé;— es una virtud que tiene sobre nosotros, amigo mío.

—¡Um! una virtud... no lo sabía. ¿Es por ventura virtud el no saber lo que se come?

—Lo es, tío— repuso la joven sonriéndose á medias;— y es también una ventaja, pues usted experimenta ahora una decepción, por la que, si bien le compadezco, no puedo participar de ella.

Esta frase, dicha imitando las del antiguo profesor de literatura, tuvo el don de aplacarle; no sin suspirar apechugó con los filetes de lenguado, mirando con profundo desprecio las setas y concluyó la comida sin más incidente.

Los rayos de un sol hermoso, en su ocaso, penetraban por las abiertas maderas de la celosía: la señora Frogé tiró del cordón y la cortina se fué enrollando sobre el pesado cilindro: Camila que se había acercado á su tía para ayudarla, levantó la cabeza recibiendo en pleno semblante los rayos del sol que alumbraba los ángulos de las casas, las copas de los árboles, los arcos del puente y las aguas del Sena que corrían á lo largo de los muelles. Miró tantos esplendores, y ahogando un suspiro se volvió de espaldas.

—Camila, ¿estás cansada?— la dijo su tía con interés

—Lo estoy—repuso la joven sin mirarla.

Cogió un volumen encuadernado con piel y se dispuso á salir.

—¿Vas á dar alguna lección?—preguntó la señora Frogé.

La joven respondió con un ademán de cabeza.

—No vayas, estás cansada; por una vez te será fácil disculparte.

—No me gusta faltar á mis lecciones—respondió Camila continuando sus preparativos.

—Tiene razón—dijo sentenciosamente su tío.—La exactitud es la cortesía de los reyes y de los artistas.

—Buenas noches, tío; buenas noches, tía—repuso Camila—no pienso encontrarles á ustedes levantados.

—¿Volverás muy tarde?

—Tengo una sesión de dos horas para tocar el piano á cuatro manos, y me parece que no volveré antes de las diez y media.

Al decir estas frases abrió la puerta.

—En ese caso, buenas noches—respondió su tía;—coge algo para abrigarte; las noches son frescas.

—¡Y bien!—añadió su tío.—¿Te vas sin abrazarnos?

La joven volvió sobre sus pasos, presentó su frente al señor Frogé y dió un beso á su tía.

—Buenas noches—añadió atravesando el umbral.

—Ten cuidado de no coger un enfriamiento—exclamó la señora Frogé en el instante que cerraba la puerta.

Al quedarse solos, los dos esposos se miraron.

—¿Qué le pasa?—preguntó Philémon.

Baucés suspiró sin contestar.

—¡Qué idea tan extraña es la de ir á dar lecciones

de piano, cuando cien veces le hemos propuesto vivir con nosotros, como nosotros y participar de nuestro pequeño bienestar! Pero no, la señorita es orgullosa y no quiere deber nada á nadie; necesita ganarse la vida, dar lecciones y tocar de noche... ¡Si no la quisiera tanto me incomodaría por tan orgullosa ridiculez!

—No es solamente el orgullo—dijo la anciana con tristeza.

—¿Hay aún algo más?

—Se aburre entre nosotros ¡pobre viejo mío! Se aburre tanto, que cualquier pretexto le es bueno para irse. Mi querida niña tiene razón; con nuestras viejas preocupaciones, nuestras caras arrugadas y nuestra conversación antigua no somos muy divertidos. Camila es joven, le hace falta juventud, sus discípulas la divierten...

El antiguo profesor fue á hablar, pero pensando que, según el aforismo, el silencio es oro, se contentó con arrellanarse en su sillón. El rayo de sol huía, y la habitación iba cada vez quedándose más oscura; los esposos quedaron silenciosos, casi tristes.

—Sebastián—dijo la anciana.

—Isabel—repuso el viejo.

—He pensado que debíamos visitar algunos amigos, y atraer algunos jóvenes. Si Camila se divirtiese, no ten íria tantos deseos de salir de casa; estaríamos menos solos y ella más alegre... ¡Y además, tiene veinticinco años! ¡Si pudiésemos casarla!

—¿Por qué? ¡Gran Dios! No conocemos más que á personas tan viejas como nosotros...

—Sí, pero esos viejos tienen hijos, lo mismo que nos-

otros tenemos á Camila. Vienen solos, porque no invitamos á nadie más que á ellos; pero si invitásemos á sus hijos también vendrían.

—Es probable. Pero ¿cómo hacerlo?

—Sería necesario hacer á nuestros amigos y conocimientos algunas visitas y además dar una fiesta modesta.

—¡Un baile!.. ¡un baile en esta casa!—exclamó Sebastián Frogé con tanto terror que dejó caer el estuche de los anteojos.

—¡Nada de eso, Sebastián, nada de baile ..—repuso su esposa con tan tierna súplica que hubiese ablandado á una roca.—Una velada. Se tocará, se jugará, se dará te, bizcochos, lo mismo que hacíamos otras veces, ya lo sabes, cuando estabas en el liceo de *Condoreet*, cuando recibíamos gente.

—¡Esto será muy molesto—objeto Frogé.

—¡No tanto, ya lo veras!.. ¡Y además, Sebastián, es una obligación! Hemos adoptado á Camila, considerándola como nuestra hija, la dejaremos nuestra fortuna, y es obligación nuestra hacerla que frecuente la sociedad, casarla.

—¡Casarla! ¿Y nosotros que haríamos sin ella?—exclamó con sencillez el profesor

—¡Lo que pudiéramos, pobre viejo mío!

Los jóvenes se casan y los viejos se quedan solos. Es la ley común.

—¡Pero no es justa!—exclamó Sebastián exasperado; cuando se vaya, nos quedaremos tristes lo mismo que dos buhos!

—¿Prefieres que pase el tiempo llorando sola como ahora lo hace!

—¿Llora?—preguntó el buen hombre emocionándose de pronto.

—Cuando fui á buscarla para comer estaba llorando y leyendo cartas antiguas, puesto que la hallé con un paquete de ellas en las manos .. ¿No has pensado que ame á alguien, que pueda ser desgraciada?

—¿Pero en este caso—dijo Frogé lleno de esperanza—si ama á alguien, puede permanecer fiel á este amor, y esto la impedirá casarse?

—Precisamente es lo que no debe hacer, Sebastián; es necesario que olvide y que se case; solamente así sería feliz y no viviendo con el recuerdo de sus tristezas.

Al ver desvanecerse su esperanza, Frogé puso mala cara.

—Viejo mío, no hay que ser egoístas,—dijo Isabel, colocando con dulzura su mano sobre el hombro del profesor;—hay que pensar en la felicidad de los otros, y además, es que tú y yo no hemos de permanecer juntos para morir uno al lado del otro lo mismo que hemos vivido?

Sebastián besó piadosamente la mano de su fiel compañera.

—Es igual—dijo lanzando un profundo suspiro;—había pensado que ella nos cerraría los ojos, y que cuando uno de nosotros muriese ayudaría al otro á tener paciencia y esperar resignado la hora de su muerte.

—Somos dos egoístas, amigo mío; su felicidad no estriba en cuidar á dos viejos y en consolar á uno; se casará, lo mismo que hicimos nosotros, y será feliz como nosotros.

—¡Dios lo quiera!—repuso Sebastián con lentitud.—

Hemos tenido nuestras penas, mujercita mía; pero también hemos sido muy dichosas. ¡Pues bien, que se case, puesto que es necesario! Pero ¿con quién?

Pasaron revista á todos los hombres que conocían, quedando de acuerdo en que ninguno era digno de Camila. ¿Sería preciso crearse nuevas relaciones? ¡Espantosa perspectiva ante la cual el repentino heroísmo de Sebastián retrocedía de antemano! Pero Isabel era más valiente y convinieron en que darían una velada con té y bizcochos.

Los proyectos futuros ocuparon dos horas á los esposos que aun no se habían dormido cuando volvió Camila. Durante un momento prestaron atención al ligero ruido que la joven hacía en su gabinete; luego reinó silencio completo.—Isabel—dijo en voz baja el profesor—me parecé que no se ha acostado.

—No—repuso la señora Frogé;—aun no se ha quitado las botinas, conozco el ruido que hace cuando las deja caer.

—¿Qué es lo que puede hacer?—preguntó el viejo con inquietud al cabo de un instante.

La señora Frogé se levantó del lecho con suavidad acercándose á la puerta de comunicación.

La luz de una bujía se escapaba por el ojo de la cerradura; la buena señora, después de un instante de vacilación se agachó mirando por aquel observatorio natural. Se enderezó en seguida regresando al lado de su marido.

—¿Y bien?—preguntó éste con nerviosidad.

—Miraba un papel que había ante ella.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Lloraba?

—No.

Los viejos, inquietos y mudos, escucharon durante largo rato sin que nada anunciase un cambio en la habitación de Camila. Al fin la joven se levantó despacio, puso la carta en el cajón de donde la había sacado y se acostó sin hacer ruido.

—Hay que casarla—dijo en voz baja Frogé completamente convencido de que era necesario.

Su mujer le respondió estrechándole la mano, y se durmieron en seguida fatigados de la larga velada y tristes hasta el fondo de sus buenos corazones.